

España, Occidente y el Diálogo de Civilizaciones

Con un epílogo a modo de conclusión práctica sobre el papel de la Monarquía

Dr. Gabriel ALONSO

1. ESPAÑA Y EL DIÁLOGO DE CULTURAS

Aunque España está entre las primeras diez potencias del mundo en el aspecto económico, lo es con aún más motivos en el aspecto cultural —donde ocuparía un lugar destacadísimo en la cabeza de la clasificación mundial—. Pocos países tienen el potencial y el patrimonio histórico-artístico, además de la rica herencia de las diversas tradiciones religiosas y culturales que han convivido en nuestra nación. Por ello, la proyección histórico-cultural de nuestro país, en sentido amplio, debe ser un factor esencial en nuestra proyección exterior. Ya no sólo es que, únicamente, nuestros lazos históricos nos faciliten nuestras relaciones con el mundo europeo, iberoamericano y árabe, sino que la presencia de nuestra cultura actual también es y debe ser un enorme cauce de consolidación de nuestra presencia y colaboración con los grandes retos de nuestro mundo de hoy.

Así lo probó la celebración en Madrid del 16 al 18 de julio de 2008 de la Conferencia Internacional para el Diálogo, a la que nos referiremos, en la que Abdullá al Turki, secretario general de la Liga Musulmana Mundial, justificó la elección de la capital como sede con estas palabras: «Con su tradición singular de coexistencia cultural y religiosa, Madrid es un cruce entre la cultura islámica y el mundo occidental».

En el aspecto histórico, España ha sido una encrucijada de culturas y un crisol de civilizaciones y, de algún modo, un auténtico laboratorio de la historia. Los fenicios, la romanización, la posterior cultura visigoda, la convivencia con el islam, la posterior reconquista de la Península Ibérica, la interrelación entre

las tres culturas: cristiana, judía y árabe, el descubrimiento de América, la colonización de las Indias y la labor cultural llevada a cabo en aquellas tierras, la contención en Lepanto de la «amenaza turca» que se cernía sobre Europa, el esplendor del Imperio español en los siglos de oro y, ya más recientemente, después de la tan traída y llevada «decadencia» española, la Guerra Civil española como experimento previo de la II Guerra Mundial, la transición democrática ejemplar y últimamente, de nuevo, España como campo de pruebas del choque frontal del islamismo radical en su lucha con la cultura occidental (con lo que tiene de simbólico, junto con las constantes y reiteradas reivindicaciones de Al Ándalus).

Por su solera y su bagaje histórico, pero además desde el plano cultural y de las civilizaciones, España puede y debe ser un paradigma de integración y convivencia entre culturas y un modelo de concreción histórica de las posibilidades y retos que ha de afrontar el mundo actual en pleno proceso de globalización. Por ello no se debe menospreciar el tesoro de nuestra cultura y nuestra historia; aún menos dejar de proyectarlo, en la medida de nuestras posibilidades, más allá de nuestras fronteras.

Su Majestad el Rey, en la simbólica inauguración, junto con el monarca de Arabia Saudí de la citada Conferencia, se expresaba con estas palabras: «España cuenta con una conocida tradición como tierra de enriquecedora encrucijada de culturas y religiones. Somos un país que ha construido su democracia en torno a la tolerancia, la convivencia y el respeto mutuo (...) desde el mutuo respeto a nuestras respectivas creencias, el diálogo debe dirigirse a facilitar el mejor conocimiento mutuo, a subrayar aquellos valores en los que coincidimos, y a promover la colaboración y el entendimiento recíproco».

Entre muchas de nuestras riquezas está el idioma que compartimos con tantos millones de personas, pero también los valores, las tradiciones y la mentalidad común con tantas naciones. Esto no facilita únicamente los intercambios económicos y comerciales, las relaciones diplomáticas más cercanas y cálidas, sino también la capacidad de nuestro país de crear consensos, aglutinar iniciativas y liderar espacios de concertación: el Proceso de Barcelona en el ámbito mediterráneo (ahora Unión por el Mediterráneo), el sistema de Cumbres Iberoamericanas y la SEGIB como iniciativa española en el área iberoamericana, la representación de los intereses y preocupaciones latinoamericanas en la UE, las aportaciones al proceso de paz de Medio Oriente, etcétera, son muestras claras que van más allá de la retórica.

Por ello, yendo más lejos de las obvias oportunidades económicas y comerciales que ofrecen el mercado y los consumidores de habla española o el interés por la lengua y cultura hispanoamericana, siendo la minoría latina en EE.UU. un ejemplo de peso, cabría preguntarse —ateniéndonos a un análisis más en profundidad sobre qué pueden aportar la cultura y el bagaje histórico español— el papel de la Cultura hispánica, con mayúsculas, de nuestro país en el mundo. Abordaríamos así la cuestión de un modo menos economicista y en la perspectiva del *soft power*, pero es una opción que conlleva una concepción del papel de la cultura mucho más necesaria, profunda y honda, a mi modo de ver, de la contribución cultural de un país en el escenario internacional.

2. EL DIÁLOGO DE CIVILIZACIONES

El ex presidente de Irán y líder religioso Jatami impulsó la iniciativa del Diálogo de Civilizaciones. De hecho, la ONU llegó a dedicar un año a conmemorar este asunto (2001) situándolo como tema central en la agenda política. La iniciativa del político iraní dio lugar a un intenso trabajo y una abundante bibliografía sobre la cuestión (sobre todo en el ámbito de la UNESCO).

El esfuerzo de la UNESCO de cara a la promoción del diálogo entre los pueblos puede servirnos de ejemplo para exponer ciertas confusiones respecto al tan debatido tema del Diálogo de Civilizaciones. Tomaremos como referencia para ello el Informe del Director General sobre la promoción del diálogo entre los pueblos (171 EX/40, París, 31 de marzo de 2005). La actualidad de la cuestión del diálogo entre las culturas no puede estar más remarcada que por la intención de la Conferencia General de proponer a la Asamblea de ONU la «Proclamación de un año internacional de la conciencia planetaria y la ética del diálogo entre los pueblos» (Resolución 32 C/30). Ahora bien, siendo magníficas las motivaciones últimas, conviene ir al análisis de fondo.

El documento que abordamos formula estas propuestas «después de expresar su preocupación ante el hecho de que las explosiones de violencia a que se asistía en distintas regiones del mundo suscitaban especulaciones en cuanto a un “choque de civilizaciones”» (n.º 2). En la misma resolución, y a renglón seguido, «se recalcó que el mundo experimenta considerables problemas de seguridad, al verse los Estados desestabilizados por el terrorismo, el extremismo y los separatismos agresivos y al degenerar a menudo los conflictos que surgen en enfrentamientos armados y abiertos dentro de los propios Estados». Se acordó que

«un auténtico diálogo entre civilizaciones, como condición determinante de un desarrollo armonioso del mundo, sólo era posible si tenía lugar en un clima de respeto absoluto y de vigencia de los valores fundamentales y universales de la existencia humana».

En los antecedentes del Informe (n.º 4-13) se exponen los intentos previos a la formulación del concepto «Diálogo de Civilizaciones»: «reconocimiento recíproco», «entendimiento mutuo», «entendimiento internacional», «entre los pueblos», luego entre «culturas» y por último las «civilizaciones». De todo ello surgió la elaboración en 2001 de la Declaración Universal de la UNESCO sobre la Diversidad Cultural, y el 21 de mayo fue declarado Día Mundial de la Diversidad Cultural para el Diálogo y el Desarrollo. Además, se celebraron una Conferencia Ministerial sobre el Diálogo entre Civilizaciones (Nueva Delhi, junio de 2003) y un «Foro regional sobre el diálogo entre civilizaciones» (Ohrid, agosto de 2003).

La Resolución 32 C/47 de la Conferencia General sobre «Nuevas perspectivas para las actividades de la UNESCO relacionadas con el diálogo entre civilizaciones» subrayó las áreas de actuación, a saber: la educación, las ciencias, la tecnología, la diversidad cultural, los medios de comunicación, y las tecnologías de la información y la comunicación.

Sin poner en duda la importancia y el excelente trabajo de la UNESCO, se perciben algunas ambigüedades en el diagnóstico, lo que —a mi juicio— podría no favorecer el auténtico diálogo entre civilizaciones:

- a) Puede ser lógica la preocupación por que se «susciten especulaciones en cuanto a un *choque de civilizaciones*». Y también la resistencia a creer que «ese choque no es el destino colectivo de la humanidad y sólo podría erigir barreras culturales en la mente de los hombres» (n.º 12, 171 EX/40). Se comprende la inquietud, pero no hay que negar la posibilidad de que se cumpla una hipótesis que S. Huntington únicamente se ha planteado, a mi parecer y ha habido mucha polémica sobre el asunto, como un intento de llamar la atención sobre un posible riesgo real y advertir del grave peligro de que así ocurra, y no, en realidad, como un deseo de que las cosas sean así. Su modelo explicativo, afirma, es un incierto y provisional modo de explicar los dinamismos de la sociedad internacional y no pretende convertirlo ni en un dogma ni en un absoluto científico, siendo consciente de la precariedad que supone formular cualquier marco que dé cuenta de la complejidad de la política mundial

(S. Huntington, *El Choque de civilizaciones*, pp. 30-38). Afrontar el futuro debe hacerse desde las posibilidades reales y no únicamente, desgraciadamente, desde lo que deseáramos. Es incoherente reconocer un crecimiento de los separatismos radicales, el terrorismo extremista y los conflictos armados y no buscar las causas profundas. Es verdad que históricamente las civilizaciones se han fecundado mutuamente, pero ¿son «intrínsecamente interculturales» (n.º 11)? Parece una afirmación, en términos generales, producto de un *desideratum* más que de una realidad.

- b) Se afirma que el diálogo sólo es posible en «un clima de respeto absoluto y de vigencia de los valores fundamentales y universales de la existencia humana» (n.º 2). Se presupone que se puede «cimentar el diálogo en valores universalmente compartidos» (n.º 13) y que «hoy en día ha cuajado un espíritu global de consenso e intereses comunes respecto a un marco general para el diálogo consistente en una serie de valores universales que recorren todas las culturas y las civilizaciones (...) valores comunes de validez general son el entendimiento mutuo, el respeto y la defensa de la diversidad cultural, el compromiso con la paz, la no violencia y la conducta pacífica, el respeto a la dignidad de la persona, la observancia de los Derechos Humanos, la adhesión a los usos democráticos, el desarrollo sostenible y la solidaridad humana» (n.º 23). No debe extrañar que puedan sorprender estas aseveraciones, pues cualquier estudioso o simple conocedor del asunto sabe que la cuestión más controvertida en la ética y la filosofía jurídica actual, lamentablemente, es la universalidad y aceptación de valores comunes.
- c) Desgraciadamente, el mundo real es otro. Y, para promocionar un auténtico diálogo intercultural hay que tener muy claro el punto de partida. De lo contrario, puede ocurrir que no se llegue más allá, si el diálogo no se establece sobre terreno firme, de que «aunque ninguna área en conflicto concreta haya sacado un beneficio directo del diálogo entre civilizaciones, puede observarse una tendencia en las relaciones internacionales a hacer del diálogo la estrategia base». La clave es la concreción en resultados reales, pues el diálogo no es un fin en sí mismo, sino un medio: en resolución de conflictos, confirmación de tendencias y algo más que hipotéticas esperanzas. No hay que desechar la posibilidad de obtener frutos en estas cuestiones más bien a medio y largo plazo, pero deben ayudar eficazmente a resolver los problemas más allá de los meros deseos, que ojalá se vean cumplidos.

- d) De modo que es crucial acertar con el diagnóstico sin cerrar los ojos a la realidad. La creciente espiral de extremismos, fanatismos, terrorismo y violencia en el mundo puede deberse a la colonización/descolonización, a la sensación de pérdida de identidad por la globalización liderada por Occidente, al odio surgido contra los valores o disvalores del mundo occidental, al resentimiento fundamentalista religioso, los conflictos regionales perpetuados, la pobreza y la miseria o la injusticia de la desigualdad. Pero conviene ser conscientes de que las percepciones, valores e instrumentos de solución varían mucho en función de las diversas mentalidades culturales. Las cosas no son tan simples como apelar a los valores comunes, porque estos existen de manera parcial y también hasta radicalmente encontrados. Es un difícil dilema. Sin querer, por ello, caer en un subjetivo etnocentrismo esta cuestión, suscita muchas discrepancias: ¿qué es actuar civilizadamente?, ¿qué parámetros dan la medida de lo «civilizado»? ¿están todas las culturas, mentalidades o pueblos preparados para un auténtico «diálogo de civilizaciones»? Depende mucho de los valores y justificaciones previas, que son infinitas y muy dispares, a veces, como indicaba, encontradas.

3. ORIGEN DE UN CONCEPTO QUE INVITA A LA REFLEXIÓN

El concepto de «Diálogo de Civilizaciones» lo acuñó R. Garaudy con su proyecto intelectual expuesto en varios libros. En *Del anatema al diálogo* (Libros del Nopal/Ariel, 1968) afirma, refiriéndose al diálogo entre cristianos y comunistas (lo era por entonces): «El diálogo es, en nuestra época, una necesidad objetiva» (p. 33). Y de manera inteligente advierte de en qué ha de consistir el diálogo: «Este es el fundamento más seguro del diálogo, la mayor garantía de su lealtad: la profunda certeza de que cada cual tiene plena conciencia de lo que hay de fundamental en sus creencias (...) será entonces consciente del enriquecimiento que a unos y a otros les reportará el diálogo» (p. 118). Y, en la misma página, advierte: «El peor peligro será idealizarlo, es decir, creer que todos los demás problemas ya están resueltos y que el diálogo de algunas “bellas almas” desencarnadas podrá traer al mundo la salvación, es decir, la unidad». Considero que es un certero diagnóstico para sortear las dificultades, con realismo, con las que se pueden topar las buenas intenciones de las diversas iniciativas en torno al diálogo entre civilizaciones.

Estas certeras observaciones, en la evolución del autor, pasan a caer —despeñándose— en la trampa: «Un conocimiento vivo de las culturas no occidenta-

les, es decir, un verdadero “diálogo entre civilizaciones”» (*Una nueva civilización. El proyecto esperanza*, Edicusa, 1977, p. 119). El diálogo parece que debe ser unidireccional, causado por un desmedido complejo de culpa, expresado en el título de un libro del escritor del mismo año: *Pour un dialogue des civilisations: l'Occident est un accident* (en español, Edicusa, 1977). La premisa de la que se parte es que Occidente es un accidente de la historia de la humanidad (p. 7), que Occidente es una terrible palabra (p. 15) y que «nuestra civilización está caracterizada por una voluntad de poder y dominación» (p. 16) y que «esclaviza y domina el mundo ahogando todas las demás culturas» (p. 21). Por ende, «los países occidentales han conducido directamente a lo que (...) sería más sincero llamar el pillaje de los países pobres» (p. 72).

Es importante leer estas palabras porque son sintomáticas de un cierto enfoque del «Diálogo de Civilizaciones». En realidad, la culpa de todo es de nuestra civilización, que no ha aportado nada valioso a las demás culturas, sino el atropello y que la maldad universal se sitúa de nuestro lado, considerando de una manera idílica y acrítica los aspectos negativos de las otras culturas. Todo ello en la más pura lógica dialéctica hegeliano-marxista entre el amo-esclavo y el proletariado-burguesía que dirigiría la historia. Occidente, en mi opinión, ha de ser consciente de sus comportamientos históricos erróneos, pero no se le puede negar haber aportado grandes contribuciones a la Humanidad, aunque no sean así consideradas como, por ejemplo, la «sedicente democracia liberal» (p. 191). Al final, el Diálogo de Civilizaciones puede correr el riesgo de consistir en que Occidente reconozca y expie sus culpas, como si la Historia hubiera sido tan maniquea y tan simple.

Véase un ejemplo: hablando de la batalla de Poitiers, Garaudy se pregunta: «¿De verdad era un enfrentamiento entre la civilización occidental y los bárbaros? (...) Anatole France tiene una cosa cierta: que en el momento de Poitiers, Francia perdió su oportunidad histórica de participar en la futura civilización árabe (...) no pudo beneficiarse de todo lo que disfrutó España» (p. 88). No cabe duda de que el arrepentimiento y la conciencia de culpa conduce a exagerar las cosas y a que un cierto síndrome de Estocolmo se apodera de algunas mentes. Si el diálogo «supone que cada cual esté convencido de que tiene que aprender del otro», no se puede afirmar rotundamente a renglón seguido que «el monólogo de Occidente ha durado ya bastante» (p. 101) porque pareciera que ya no tiene derecho a expresarse. En definitiva: Occidente es el compendio de todos los males, las otras civilizaciones han estado bajo su yugo y la solución es que se establezca un diálogo donde aceptemos nuestra nula aportación a la Humanidad y nos

adhiramos a valores muy diferentes, incluso contrarios a los nuestros. El problema es que el relativismo y la falta de identidad europeos (no tanto norteamericanos) alientan y facilitan este discurso y este enfoque postmoderno del diálogo entre civilizaciones, de la cual es hija la «Alianza de Civilizaciones». Es el triunfo del «pensamiento débil» (G. Vattimo, Rorty, etc.).

Es notable que el último capítulo del libro titulado *Diálogo de Civilizaciones* termine titulándose *La Tercera Alianza*. Es fácil colegir un posible origen, en este texto, de la propuesta actual de la ONU de la Alianza de Civilizaciones. Lo más arriesgado es el contenido sintomático del libro que comentamos: la primera Alianza es la de Israel con Yavhé (Antiguo Testamento), la segunda sería la de Jesús con la Humanidad, más allá del Pueblo Elegido, y la tercera consistiría en el Diálogo de Civilizaciones que conllevaría la «conversión en la propia militancia y la recíproca puesta en tela de juicio de lo propio» (p. 238). Con la actual crisis postmoderna, y de Europa en concreto, sin una conciencia clara de lo que somos y una mentalidad acrítica y anestesiada frente a dogmatismos ajenos somos débiles de cara a los que no ejercen esa reciprocidad en el cuestionamiento de lo propio y sólo aspiran a imponerlo.

La actual propuesta de una Alianza de Civilizaciones trata de evitar su antagonismo, el «choque» entre ellas, y en su formulación plural se refiere sobre todo, qué duda cabe, a la relación entre Occidente y el islam. España tiene una rica experiencia en la materia. Por eso no podemos aceptar las afirmaciones de ideólogos como Garaudy que aseveran que hemos «desarrollado unilateralmente nuestra voluntad de poder sobre la naturaleza y sobre los hombres» (*Promesses de L'Islam*, Seuil, 1981, p. 19), que «en la perspectiva milenaria, Occidente es el más grande criminal de la historia» (p. 20) y que Poitiers fue nefasto porque más que un símbolo del enfrentamiento lo fue «porque la ciencia, el arte y la civilización árabes se retiraron ante la barbarie franca» (p. 43). No creo que se pueda decir que esta es una afirmación equilibrada y justa.

Tampoco Europa puede aceptar que se afirme que «un ejemplo típico de este “fanatismo” occidental es el de las polémicas sobre la condición de la mujer en el islam» (p. 67), que «a partir de una verdadera mutación cultural, hecho posible por el diálogo de civilizaciones, aprenderemos a relativizar nuestra cultura occidental» (p. 178) —lo que sugiere que el diálogo puede significar la claudicación de determinados valores occidentales— y se nos presente de una manera acrítica la cultura islámica y se demonice la nuestra como el paradigma, únicamente, del imperialismo y el colonialismo. Ni es equilibrado, ni se puede llegar a un diá-

logo verdadero con estas premisas implícitas en verdadero y sincero Diálogo de Civilizaciones.

La unitas in pluribus europea es un buen ejemplo exportable al mundo de multiculturalidad y de respeto a la diversidad. Y un buen servicio a la diversidad, la cooperación y el diálogo cultural están entre los mejores garantes de la paz y la seguridad internacionales. En este sentido, por sus vínculos históricos, España debería participar en todas las iniciativas europeas en el mundo árabe (especialmente Mediterráneo y Magreb). Reforzando, por ejemplo, el Instituto Europeo del Mediterráneo, el Proceso de Barcelona (reconvertido en la Unión por el Mediterráneo), la cooperación económica, social y cultural, la posibilidad de una televisión mediterránea (hoy por hoy fracasada), la difusión de la Agencia EFE de noticias en árabe para las zonas de radioyentes magrebíes, la colaboración docente e investigadora entre universidades próximas a ambos lados del Mediterráneo, la potenciación de los Institutos Cervantes en el Magreb y países ribereños islámicos, etcétera. Todo ello por razones de vecindad, procurando dar preferencia a Marruecos como la referencia y modelo de acción cultural en el mundo árabe.

4. LAS RELACIONES HOY ENTRE EL ISLAM Y OCCIDENTE

Las relaciones entre el islam y Occidente se están convirtiendo en uno de los temas de mayor importancia en el siglo XXI. De su tratamiento correcto, alejado de los tópicos, y desde un conocimiento serio, profundo y respetuoso, podremos construir unas fluidas relaciones que superen la desconfianza que algunos se empeñan en fomentar.

El islam tiene cerca de 1.500 millones de creyentes en el mundo entre sus dos ramas, la suní y la chií, que en su aplastante mayoría son moderados y sólo desean lo mismo que cualquier otro ser humano del planeta: vivir en paz, libertad, democracia, en prosperidad y procurar a sus hijos una vida mejor que la suya propia.

Hay que buscar los puntos en común que existen entre los moderados del mundo, y podremos así comprobar cómo existe entre nosotros un altísimo grado de coincidencia. Debemos fomentar el conocimiento y el respeto mutuos con iniciativas como el diálogo intercultural, interreligioso e interconfesional, sin duda alguna.

Frente a las voces que auguran una inevitable confrontación, que sólo alimenta el fuego del odio y favorece el crecimiento imparable del extremismo, debe ser evitada propiciando el entendimiento, el diálogo y la tolerancia, sin renunciar a los principios y valores democráticos y a la defensa, respeto y promoción de los derechos y libertades fundamentales que son inalienables.

A pesar de las tendencias homogeneizadoras del proceso de globalización, el mundo es plural y diverso. De hecho, la globalización ha ayudado a revitalizar múltiples expresiones culturales diferenciadas. Sin embargo, reconocer la pluralidad y la diversidad no significa en absoluto asumir un multiculturalismo relativista que conceda igual valor a cualquier expresión cultural por el mero hecho de existir. El progreso significa también progreso moral.

Parece obvio que debemos considerar como ideales los valores que constituyen la base de convivencia de las sociedades que han alcanzado los mayores niveles de libertad y bienestar en el mundo, incluso con todos los fallos y problemas que siguen existiendo en ellas. Es más, parece lógico pensar que si esos valores han servido para alcanzar las más altas cotas de paz, equidad, bienestar y libertad, esos valores deberían ser considerados universales y constituir la base esencial de los proyectos de convivencia allí donde esta quiebra sistemáticamente.

Islam e islamismo no son sólo realidades diferentes, sino irreconciliablemente antagónicas. El islamismo es la negación de todos los valores del islam, es un intento de secuestrar el mismo para fanatizarlo y enfrentar a los musulmanes entre sí y con el mundo entero. Siguen siendo una minoría, pero el riesgo cierto que representa el islamismo radical ni puede ni debe ser ignorado.

Por ello se debe seguir estudiando el fenómeno del extremismo para que no sea confundido bajo ningún concepto con el islam. Aunque algunos hablen de guerra civil en el islam, en realidad es la guerra de una minoría fanática —que ha manipulado y retorcido el islam hasta convertirlo en una ideología totalitaria— frente a los demás musulmanes y al resto del mundo, especialmente las democracias más avanzadas.

Es indispensable que desde Occidente se entienda que el fanatismo, la radicalidad y el extremismo son fenómenos minoritarios en el conjunto del islam, pero que con su violencia, su eficaz propaganda y su constante presencia en los medios de comunicación mundiales se acrecientan y magnifican. Sin embargo, tampoco conviene llamarse a engaño: los fanáticos son una minoría que actúa con

enorme eficacia y están logrando conquistar a muchos desamparados, marginados o simplemente frustrados, aprovechando su odio y desesperación para convertirlos a la totalitaria ideología del islamismo radical yihadista.

Es, pues, urgente, y no será nunca suficiente repetirlo, que desde Occidente se haga una clara diferenciación entre el islamismo radical, que es una ideología totalitaria, y el islam, que es una religión noble y legítima, a la que los extremistas han tratado de secuestrar y manipular en su propio provecho político e ideológico. El islam y los musulmanes no radicalizados, es decir, la gran mayoría, son las primeras víctimas que se enfrentan al enemigo común del fanatismo.

No hacer esta distinción sólo favorece a los radicales de este tipo en cualquier parte del mundo, da alas y justifica a los yihadistas que afirman que los moderados son apóstatas de su fe y favorece la idea de que tan sólo ellos representan lo que denominan el «Islam Puro»; y que Occidente es su enemigo jurado que deben derrotar, someter o, en su caso, destruir.

Nos enfrentamos al mismo enemigo y debemos actuar en consecuencia. Cualquier confusión entre islam y fanatismo o identificación entre islam y terrorismo no sólo es insultante y falsa, sino que es gravemente peligrosa para la convivencia en paz en el mundo en el siglo XXI.

Para contribuir al entendimiento, conocimiento y respeto mutuo entre el islam y Occidente se debería dar el máximo impulso al diálogo interconfesional, interreligioso e intercultural, así como promover los intercambios culturales, deportivos, educativos (aumentando el número de becas para estudiantes del mundo islámico) y fomentar el estudio de la verdadera realidad del islam.

De igual modo se debería promover un esfuerzo paralelo en el mundo islámico para divulgar nuestros valores y principios, desde la convicción de que se trata de valores no negociables que los occidentales deseamos promover, que no imponer, en el mundo entero.

Los derechos humanos y las instituciones democráticas, el Estado de derecho, la limitación del poder y la idea de libertad básica de los seres humanos tienen una naturaleza sustantiva universal. Son las personas las que tienen dignidad, las culturas deben ganarse su respetabilidad mostrando que ofrecen orientaciones para propiciar una Humanidad mejor, porque no todos los rasgos de todas las culturas son igualmente respetables.

En el territorio de la UE residen millones de musulmanes. Es una población variada y con diversos grados de concentración geográfica. Algunos, sobre todo en la zona más oriental de la UE, proceden de familias que desde hace muchas generaciones son musulmanas. Otros proceden de la emigración reciente. Y hay quienes, por el contrario, proceden de las últimas oleadas de emigrantes, pero su familia lleva tres o cuatro generaciones en el país. Unos son creyentes y otros no. No lo son necesariamente todos.

Es necesario subrayar la gran diversidad propia del islam (el cual es plural) y que refleja la realidad diferenciada del mismo. No debe pensarse en el islam, en absoluto, como en un grupo de más de mil millones de creyentes fanatizados y dispuestos a invadir Europa.

Los musulmanes en la UE o son ya ciudadanos europeos o tienen permisos de residencia consolidados, o bien quieren convertirse en ciudadanos, acceder a una vida mejor y contribuir con su trabajo, esfuerzo y responsabilidad al progreso de nuestras sociedades. No tienen intención de irse y, en la mayoría de los casos, se sienten tan europeos como el que procede de una familia instalada en Europa desde mucho tiempo atrás.

El islam moderado, es decir, el que es mayoritario, no es una religión que incite a la violencia, tiene un código moral análogo al judeocristiano y unas pautas sociales aceptables en nuestro contexto sociocultural. Sin duda quienes utilizan el islam, a través de la ideología islamista radical y fanática, atentan muy seriamente contra una posible pacífica convivencia.

Pero existen también fundamentales diferencias teológicas con el cristianismo. En este sentido, hay que fomentar y pedir el concurso y cooperación de los musulmanes moderados para combatir a los extremistas, que son nuestro enemigo común.

Hay elementos culturales importados de fuera de Europa, no necesariamente religiosos, que en muchas ocasiones son extraiislámicos, como, por ejemplo, la mutilación genital femenina. Estas antiguas costumbres resultan incompatibles con una sociedad democrática y respetuosa de los derechos humanos. Hay que apostar decididamente por una más que posible convivencia que siga unas pautas de ciudadanía y de respeto a nuestros valores democráticos.

Es nuestro modelo cultural el que permite la integración de los musulmanes. En modo alguno debe renunciarse a un ápice de nuestros valores. Europa, como

afirmó Zubiri, es Grecia, el Derecho Romano y el Cristianismo. En esta Europa caben perfectamente quienes no son originariamente griegos o cristianos. No obstante, la integración social debe hacerse de acuerdo con los principios y valores europeos y no con los ajenos a nuestra cultura.

Europa no debe traicionar lo que hemos conquistado tras siglos de desarrollo histórico y, sin renunciar a nuestra identidad, como europeos y como occidentales, debe desear que los musulmanes que viven entre nosotros participen plenamente en nuestra sociedad, respetando sus leyes y sus valores democráticos.

Es precisamente en Occidente donde se practica con más libertad el islam. Desconcierta y asombra la fascinación que existe en algunas personas por las corrientes más retrógradas y violentas del islamismo radical. Es preciso no identificar lo islámico con la pobreza, la violencia y la inmigración, sino con aquellos musulmanes trabajadores y plenamente integrados en nuestras sociedades europeas.

La presencia musulmana en la UE, políticamente hablando, abarca asuntos propios de la política exterior, así como diversas políticas nacionales o locales. Se deben apoyar, entre otras, corrientes musulmanas como lo que se ha denominado en la UE el *mainstream Islam*, o lo que algunos pensadores están llamando ya el «euro islam», que trata de incorporar todos los valores democráticos y el respeto a los derechos y libertades fundamentales y cuya naturaleza pacífica debemos subrayar y defender. Hay que contribuir a su consolidación y convenir con él las políticas relativas a la educación, a la enseñanza mutua de la historia y de la cultura, la formación de profesores y de dirigentes religiosos, las prisiones (lugar de captación de extremistas), la igualdad de oportunidades o la mejor integración en el mercado del trabajo.

Sería preciso colaborar activamente en proyectos europeos, como la *Radical Middle Way* británica, que favorecen la moderación y contribuir a las buenas prácticas que hay en este ámbito, identificando las ONG, asociaciones y comunidades moderadas que se han enfrentado con coraje y con inmenso valor a los extremistas, muchas veces corriendo graves riesgos, como le ha ocurrido a más de un dirigente musulmán moderado en Europa, amenazado por el terrorismo yihadista.

Se debe reforzar y apuntalar en lo posible la Estrategia Europea para combatir la radicalización y el reclutamiento. Hay que ser muy precavidos ante el esta-

blecimiento en Occidente de las siguientes corrientes: Hermanos Musulmanes, salafistas o los wahabíes-salafistas. Hay que ser firmes ante la amenaza yihadista y utilizar todos los instrumentos propios de la política exterior y de la política de seguridad para ello.

5. *PROPUESTAS PARA CONCRETAR UN EFECTIVO DIÁLOGO ENTRE CULTURAS*

En definitiva, más allá de la dialéctica Occidente-islam radicalizado, hay que proponer urgentemente dar contenido a las diversas iniciativas que pongan de relieve dos aspectos fundamentales que fomenten el acercamiento entre culturas: la democracia y la solidaridad (tanto material, como la empatía, que permite ver el modo de ser del otro). Esta cooperación intercultural basada en estos criterios debería basarse en tres ejes axiales: por un lado, la democracia; por otro, la globalización de la solidaridad, y, por último, el acercamiento entre culturas.

1. Comenzando con el primero, habría que debatir y llevar a cabo proyectos sobre las necesarias reformas democráticas en los países donde sea preciso teniendo la cautela de no proponer modelos democráticos no adaptados a las circunstancias culturales y el entramado institucional de otras mentalidades políticas: habría que buscar fórmulas de convivencia democrática adaptadas a cada cultura. Esta iniciativa buscaría como uno de sus fines primarios la expansión de la democracia y el Estado de derecho, intentando aproximar posturas sobre la concepción cultural de los derechos humanos (asunto muy complejo).
2. El segundo eje axial lo constituiría la solidaridad intercultural. Vivimos inmersos en el proceso de globalización y habría que apostar por buscar cauces y mecanismos para una globalización de la solidaridad. El acercamiento y la cooperación intercultural sólo serán realidad si existe un compromiso compartido por parte de todas las culturas para conseguir un progreso mundial equitativo. En este capítulo habría que abordar asuntos como la desigualdad en el desarrollo, el cambio climático, la apertura del comercio mundial, la colaboración tecnológica, etc. En este sentido, la UE, como proveedor de casi el 50% de la ayuda al desarrollo mundial tiene mucho que decir y posee una autoridad moral desde la que pronunciarse.

3. Por último, el tercer eje axial sobre el que pivotaría la cooperación intercultural lo constituiría el acercamiento entre culturas y la promoción de la empatía mutua, que permita ver la óptica ajena. Por supuesto, en este apartado de cosas sería importante promover, primero, un esclarecimiento y afirmación de la identidad cultural occidental y su riqueza para, en segundo lugar, comenzar un diálogo que clarifique el origen cultural de los puntos de fricción con otras mentalidades y tradiciones. El diálogo no puede darse sin una identidad previa y este proceso de reflexión ayudaría enormemente a Europa en su propio proceso de integración. También el intercambio cultural y educativo sería decisivo. La multiculturalidad que configura las actuales sociedades occidentales, no en la misma proporción que en el resto, es un estupendo laboratorio para buscar fórmulas de integración y no de «guetos» raciales, étnicos o religiosos. El fenómeno complejísimo de la emigración en los países occidentales debería servir para, aparte de organizar internamente cada sociedad nacional, crear una cultura de la integración buscando fórmulas (tras un intenso intercambio de experiencias y valoración de las diferentes políticas) para sortear las dificultades de convivencia que presenta la diversidad cultural. Europa ha sido históricamente un crisol de culturas y su trayectoria histórica puede servir para ensayar soluciones a los conflictos entre las diversas tradiciones y mentalidades.

6. EPÍLOGO SOBRE EL PAPEL DE LA MONARQUÍA

Con el auspicio de la Corona española y otras monarquías, iniciativas como la citada Conferencia Internacional para el Diálogo tienen un marcado carácter intercultural donde la institución podría no sólo aumentar su prestigio mediador y promotor de iniciativas de encuentro, sino poner a su servicio su potencial de liderazgo internacional para dar una mayor concreción y eficacia operativa a la idea del «Diálogo de Civilizaciones». Quizá las propuestas que surgiesen se considerarían menos polarizadas por intereses espurios y se haría un servicio al conjunto de la comunidad mundial debido al valor simbólico histórico y religioso de las mismas. En el caso de las monarquías de los países musulmanes, por ejemplo, el rey Abdulá tiene el título de Custodio de las Dos Sagradas Mezquitas: la Meca y Medina, y son conocidos sus esfuerzos por reconciliar las comunidades suníes y chiíes; de hecho, fue el primer líder en visitar a la minoría chií del país —que no son ni siquiera considerados auténticos musulmanes por los suníes— y cuyos enfrentamientos violentos han sacudido el Líbano e Iraq.

Por otro lado, como el problema real actual es la confrontación entre Occidente y parte del mundo islámico, no es banal que instituciones altamente simbólicas como son las monarquías lideren un proceso de convergencia y sinergias en puntos de encuentro que, además, servirá de manera decisiva para clarificar un diálogo intercultural leal con la propia identidad pero abierta al encuentro con las demás, una cuestión no menor en el actual panorama internacional donde resurgen las identidades y una fuerte competencia entre ellas por liderar el proceso de globalización o de frenarlo por su imparable «homogeneización».

El Tratado de Lisboa, en su artículo 16, afirma respecto a las diversas religiones en Europa: «Reconociendo su identidad y su contribución específica, la Unión mantiene un diálogo abierto, transparente y regular con las Iglesias y sus organizaciones». Por ello, no debe entenderse mal el papel que pueden desempeñar las instituciones del Estado en el diálogo interreligioso e intercultural. Con ocasión de la citada Conferencia Internacional para el Diálogo, se escribieron las siguientes líneas: «La presencia del Rey y de Zapatero en el acto inaugural sólo se puede justificar —con esfuerzo— como un gesto de cortesía. El carácter aconfesional del Estado español aconsejaría guardar distancias con un evento que, en últimas, persigue pactar una *entente cordiale* entre credos (...) El Gobierno español haría bien en reorientar el proyecto de la Alianza de Civilizaciones, ya que su documento base dedica extensos párrafos a glosar el papel de las religiones en la vida pública, mientras que elude cualquier sílaba de reconocimiento a los valores del laicismo o la separación entre confesión y Estado, conceptos que se remontan a la Ilustración y cuyo asentamiento en la cultura europea costó ríos de sangre» (Marco Schwartz, «Un encuentro con vicios de origen», *El Público*, 17-VII-2008).

Es legítimo preguntarse por qué hay que «distanciarse» de «un evento que, en últimas, persigue pactar una *entente cordiale* entre credos», máxime cuando es evidente y no hacía falta que lo escribiera Tocqueville: «Una sociedad civilizada y libre no puede subsistir sin la religión».

El Rey saudí había consensuado un mensaje con los teólogos y pensadores que representan a los musulmanes de todo el mundo (500 líderes y académicos islámicos) reunidos previamente en la Meca. El comunicado emitido, *La Declaración de la Meca*, alentaba el diálogo para enfrentarse a los desafíos y ofrecer soluciones a los problemas que padece la humanidad a consecuencia de su abandono y del distanciamiento de sus principios y valores.

Abdalá Ben Abdelaziz al Saud quiso solemnemente en dicha Conferencia Internacional para el Diálogo transmitir: «Traigo conmigo un mensaje de la nación islámica representada en sus teólogos y pensadores que se reunieron en la ciudad santa de la Meca, un mensaje que anuncia que el islam es la religión de la moderación, la ponderación y la tolerancia» y, entre otros mensajes conciliadores, afirmó que «las religiones que Dios quiso conceder dichosamente al ser humano han de ser medios para su felicidad. Hemos de decir al mundo que la diferencia no tiene que conducir al enfrentamiento. Las tragedias vividas no han sido motivadas por las religiones, sino por los extremismos que adoptaron algunos de sus seguidores y por las creencias políticas».

Asimismo, habló de que la humanidad vive un «momento crítico» remitiéndose a «la extensión de los crímenes, el exceso del terrorismo y el desmembramiento de la familia», junto con la «pérdida de valores, confusión de conceptos y el vacío espiritual que padecen las gentes».

Que dicho evento, considerado valiente por algunos dignatarios y *mass media* por ser impulsado por un país polémico en cuanto a su respeto a la libertad religiosa y su integrista (y a pesar de ello expresar en las palabras intenciones de moderación y tolerancia) fuera acogido en España e inaugurado conjuntamente por el monarca saudí y el Rey de España, es conocido que ambos mantienen una relación muy estrecha, es enormemente simbólico y representa un paso en una dirección prometedora en el papel que pueden jugar las monarquías en este diálogo tan necesario.

El Rey de España no necesita referirse a aspectos confesionales para tender puentes entre culturas y lo que constituye su entraña más íntima, esto es, las religiones. Basta con remitirse a aspectos comunes a creyentes y no creyentes, laicos y laicistas. Su Majestad afirmó su deseo de que la Conferencia sirviese para construir un mundo «más justo, más próspero y solidario» y «que acabe para siempre con la inaceptable barbarie terrorista, que luche contra el hambre, la enfermedad y la pobreza, que sea respetuoso con los derechos del ser humano y que promueva la defensa del medio ambiente».

Otro ejemplo de posible aportación histórica y cultural que puede ofrecer la Monarquía española es su rico patrimonio de títulos regios, fundamentado en vínculos históricos objetivos. A la reunión citada asistieron representantes judíos, lo cual es un gran avance dadas las difíciles relaciones de este pueblo con los musulmanes (aunque en la 7.ª Conferencia Mundial de Diálogo Interreligioso, en

Doha, este año, se constataron las dificultades reales y que la paz entre judíos y musulmanes, hoy por hoy, «es un difícil sueño»). Por ello precisamente, la mediación de personalidades e instituciones neutras, pero implicadas histórica y «afectivamente» en el conflicto pueden ser de enorme utilidad. Todavía está por explorar el alcance diplomático del título de Rey de Jerusalén de Su Majestad D. Juan Carlos I, al cual el mismo Arafat se refirió en uno de sus viajes a España.

El Reino de España ha estado vinculado históricamente a Palestina promoviendo la Custodia de los Santos Lugares, financiando y enviando españoles durante siglos para apoyar la actividad de los franciscanos que llevó allí San Francisco de Asís (al respecto: A. Arce, *Expediciones de España a Jerusalén*, MAE, 1958). No menos significativo es el hecho de que tanto Colón como Isabel la Católica pensaran en la «aventura» de las Indias como un reto que haría posible obtener recursos para Tierra Santa. Y no menos notable es el ya mencionado título de la Corona española recoja, en su configuración histórico-simbólica, la tradición histórica judeo-musulmana al ser, de alguna manera, la «corona» de Al Ándalus y Sefarad constituyéndose, por excelencia, en la de las tres grandes religiones monoteístas implicadas en la zona. Pues bien, no cabe duda de que estos hechos justifican sobradamente el noble interés y la legitimación de una mayor presencia de España y su Rey en la problemática de Oriente Medio donde una vez más se muestra el potencial de la institución para el diálogo y el encuentro entre diferentes (véase al respecto: F. A. Durántez, «El Estatuto de Jerusalén y la Corona de España», *La Razón*, 5-IX-2000).

BIBLIOGRAFÍA

- ARCE, A., *Expediciones de España a Jerusalén*, MAE, 1958.
- DURÁNTEZ, F. A., «El Estatuto de Jerusalén y la Corona de España», *La Razón*, 5-IX-2000.
- GARAUDY, R., *Del anatema al diálogo*, Libros del Nopal/Ariel, 1968.
- *Pour un dialogue des civilisations: l'Occident est un accident* (en español, Edicusa, 1977).
- *Promesses de L 'Islam*, Seuil, 1981.
- *Una nueva civilización. El proyecto esperanza*, Edicusa, 1977.
- HUNTINGTON, S., *El Choque de civilizaciones*, Paidós, 1995.
- INFORME DEL DIRECTOR GENERAL DE LA UNESCO SOBRE LA PROMOCIÓN DEL DIÁLOGO ENTRE LOS PUEBLOS (171 EX/40, París, 31 de marzo de 2005).
- SCHWARTZ, M., «Un encuentro con vicios de origen», *El Público*, 17-VII-2008.